
Orwell: la muerte del buen salvaje

Para Covadonga, Mónica y Luis

La tortura había dado forma absoluta a su soledad. Los demás hasta en eso se diferenciaban: eran capaces de andar sobre sus pies.

LEONARDO SCIASCIA

Si nos correspondiera enumerar los rasgos que definen al buen salvaje, con independencia de los escritos dedicados al tema por Jean-Jacques Rousseau —verdadero artífice de la expresión— descubriríamos con sorpresa que el retrato del héroe filosófico ha variado de forma notoria con el transcurso de algunas décadas. El tiempo ha ampliado una noción teórica que compaginaba en su seno connotaciones antropológicas y políticas, para cristalizar en la referencia expresiva que opone el universo de las víctimas al universo de los verdugos. Podría contestarse, sin embargo, que este proceso se verifica desde un juego terminológico que emplea conceptos abstractos, incluso irreales, para desembocar en una relación prosaica de rasgos e indicios que envuelven la vida cotidiana del individuo. El buen salvaje no designa ya una referencia previa a la civilización en que nos hallamos, una referencia perdida en las fronteras de la memoria histórica. Por el contrario, representa la estampa de una ilusión contrapuesta al tiempo, sumida en un ambiente social determinado, se enriquece de una cierta ensoñación mística o lírica y, por extensión, simboliza un conflicto en el que predominan valores que contribuyen a la negación de la libertad humana, tanto en un sentido individual como en el colectivo.

No sería exagerado, en consecuencia, concebir al buen salvaje que sucede al mito roussoniano —sinónimo del *hombre en rebeldía* que plantea la prosa de Albert Camus en las postrimerías del existencialismo europeo— como un superviviente acorralado en su refugio, como un individuo que no ha sido pervertido y aún mantiene un diálogo con su conciencia. Su aprendizaje se ha realizado bajo el signo de la obediencia y de la disciplina: la sociedad en que se han desenvuelto sus pasos aparecía enfrentada por principio a la naturaleza, a través de sutiles u ordinarios mecanismos coercitivos que limitaban o doblegaban todo intento exploratorio que apuntara al otro lado de los límites convencionales de la cultura o de la moral. Además debe considerarse que el ideal de la sociedad moderna se fundamenta en una recia cohesión de sus elementos tradicionales frente a hipotéticos agentes disgregadores que acechan de modo permanente con el pretexto de la espontaneidad, la crítica, la protesta o el individualismo, en el nacimiento de un siglo.

Estas explicaciones despiertan hoy en nosotros una sonrisa apesadumbrada. Pero

lo indiscutible es que argumentos de esta índole entran en crisis cuando se manifiestan con toda su crudeza en un escenario distinto de aquel para el que fuesen diseñados.

Un caso concreto de este enfrentamiento lo encarna la actitud contestataria que ilumina los años de formación de Eric Blair, que adoptaría con el tiempo el nombre de *George Orwell* como instrumento de identificación literaria. Gracias a Jean Lacouture¹ podemos reconstruir, desde sus orígenes, el debate personal que implica para el joven Eric Arthur Blair experimentar, como miembro de la policía británica en Birmania, los últimos suspiros del viejo concepto colonial impuesto a un pueblo comprometido con sus costumbres e impulsado por las circunstancias a una permanente transgresión del orden establecido. De la misma forma lo señala Orwell en uno de sus primeros libros, *Días de Birmania*, claramente autobiográfico.

Eric Blair, nacido en Motihari (Bengala), en junio de 1903, hijo de Charles, un funcionario imperial destinado en India, y de Ida, dama de origen francés, perteneciente a la burguesía ilustrada, suma en la frontera de los veintisiete años una renuncia más a las que salpicaban su breve trayectoria. Largos paseos y travesuras múltiples, fútbol y francés en Eton. Y por la imposibilidad de entrar en Oxford con bagaje tan desconcertante, unas pruebas administrativas le depositan en Birmania como funcionario policial.

Su última renuncia, Oxford por Birmania, nos presenta al escritor en ciernes. El policía que lee y relea los libros de Butler, Shaw y Swift, que se impregna del espíritu reposado del budismo y que se muestra descontento con sus deberes profesionales, prepara una sorpresa. Se despide del imperio y viaja a Londres, desde donde saltará —tras un breve intervalo— al continente. Se detendrá en París, donde su vocación, siendo adolescente, aparece definida con energía.

Este período de la vida de Orwell permanecerá en la sombra. En pocas ocasiones se alude a la tenacidad con que afronta la literatura. Se sabe que pasa muchas horas al día escribiendo, que tienta la suerte del artículo periodístico, que emprende proyectos literarios íntimos que alterna con el vagabundeo. Apenas se relaciona con las figuras reconocidas que se encuentran en París y podrían darle consejos. *¿Primum vivere...?* En cualquier caso, lo cierto es que su vivencia nómada tiene como consecuencia su primera obra, que discurre entre el relato viajero y el reportaje, compensando la carga autobiográfica de *Sin blanca en París y Londres*, libro en el que ha de resaltarse el esfuerzo del autor por coordinar las abundantes referencias a personajes y paisajes ínsitos en los ambientes menos representativos y recomendables de dos capitales míticas, trascendiendo la aventura, que hubiera restado a las páginas calor y la curiosidad que Orwell despierta al realizar su trabajo, precisando los detalles y manteniendo las distancias con sus oscuros protagonistas.

La aparición de *Sin blanca...* no produce entusiasmos destacables. Pero es indispensable reseñar este primer paso del escritor. La búsqueda de rigor del primer título orwelliano persistirá como un dato constante en el conjunto de una producción en la que sobrevendrán bruscos cambios. Acaso porque no podamos considerar esa

¹ JEAN LACOUTURE: «Retrato de George Orwell». En *El País Semanal*. Madrid, 25 diciembre de 1983. Págs. 11-14.

permeabilidad hacia las circunstancias procedentes del entorno como una cualidad propiamente literaria. Con Arthur Koestler, amigo de Orwell, habrá que indicar que la honestidad señala, junto a la frescura del tono, una de las virtudes constantes del ex policía. Y puede añadirse que ese rasgo, propio de una evolución (que no se resume en tomar el nombre de un riachuelo, tal como repiten los biógrafos, sino en el abandono de una ruta muerta, cual es la predeterminada por su familia, que ciñe su esperanza a la figura del joven Eric actuando como funcionario...), se traduce en obras posteriores en algo similar a una técnica, correlativa a la exigencia íntima de claridad o al rechazo de los prejuicios como actitud para asomarse al entorno.

Cuando se reprocha a Orwell su testimonialismo austero, desprovisto de valoraciones o propuestas, se confunde —sus novelas lo desmienten con una concisión admirable— una postura personal con un género literario. En *Sin blanca...*, la fidelidad con que el escritor reproduce las imágenes conocidas no responde a un realismo social. Orwell se afirma, incluso sin haber adquirido aún el timbre característico del hombre o artista maduro imbuido de sus indagaciones pasadas y recientes, al expresar meticulosamente los aspectos significativos de formas de vida poco ortodoxas. Ante la realidad que él ha conocido no interpone ningún elemento extraño. Informa y participa, equidistante del periodista viajero y del escritor que liga en el desarrollo de su relato impresiones que se confunden con seres análogos a personajes.

Hasta ese momento, Eric Blair ha quemado etapas. Se comporta como un escritor indeciso. Tiene treinta años y su prosa parece interesada en subrayar que es preciso enunciar consecuencias morales de acontecimientos en los que subyacen injusticias políticas, susceptibles de ser interpretadas como productos del azar, casualidades anecdóticas carentes de representatividad o excepciones inevitables que como tales deben ser aceptadas.

Las obras que siguen al homenaje personal de los años que forjan la personalidad orwelliana —existe aún una falta de compenetración entre el ser humano y lo que podría entenderse como el personaje idealizado que asimila todo aquello que le proporciona el entorno— confirmarán que la intuición del escritor, aunque inmadura, no era apresurada ni errónea.

La experiencia española

Cuando pienso en la antigüedad, lo que más me espanta es que aquellos centenares de millones de esclavos en cuyas espaldas se apoyó la civilización, generación tras generación, no han dejado tras ellos documentos históricos. Ni siquiera sabemos sus nombres.

GEORGE ORWELL

Desde la plasmación de un universo picaresco en el que vislumbramos los rasgos menos hermosos y ejemplares de una época, Eric Blair se traslada —ya como George Orwell— al campo del periodismo político. En esta ocasión no se trata de una búsqueda humana, sino de la corroboración que aportan los hechos... en un mismo escenario. El editor Víctor Gollancz encarga a Orwell una serie de informes sobre el

mundo minero en un momento de tensión laboral. Orwell realiza su trabajo aprovechando estas circunstancias, que describirá minuciosamente en el ensayo *El camino a Wigar Pier*. La aparición del libro hará de Orwell un escritor político conocido.

Protestas obreras, huelgas, condiciones de habitabilidad de los hogares donde se hacían los mineros y sus familias, y las repercusiones sociales, ideológicas y humanas que el periodista combina en su obra para ofrecer la impresión directa de lo cotidiano y de lo excepcional en un solo cuadro reflexivo, constituyen los elementos visibles del análisis. Se ha reprochado en este sentido el desapego de Orwell respecto a sus retratos, una suerte de distanciamiento aséptico: en su libro apenas hallamos otro juicio que la desaprobación implícita; un enfrentamiento lúcido con esa realidad sirve de punto de partida para lo que aparece como descriptivismo elemental; el testigo aspira a ser ecuánime al volcar en su ensayo lo que ha conocido en su viaje al norte del país, consiguiendo que en este proceso no intervengan intermediarios.

Es así que Orwell se plantea con una efectiva naturalidad que sus opiniones particulares no sirvan como distorsionantes en la caracterización de un conflicto real. Todo esto posee especial importancia en cuanto que Orwell fija en este ámbito el fundamento material de su adscripción al socialismo.

Con el tiempo podrá apreciarse que Orwell entiende el socialismo como un compromiso esencial del individuo, como la configuración de una actitud de esperanza y rebeldía frente al pesimismo y al pragmatismo que definen la política británica en un orden histórico. Porque Orwell jamás renunciará a su peculiar individualismo. De ahí que no quepa considerar la publicación de *El camino a Wigar Pier* como un texto propagandístico determinado por la simpatía que durante una etapa concreta vincula al escritor con el *Independent Labour Party*, facción del laborismo que mantiene posiciones izquierdistas, sino como un reflejo, desprovisto de concesiones melodramáticas, de la situación de un amplio sector de la clase obrera inglesa.

Apreciamos, por tanto, a Orwell en tres planos: el periodista que no reprime en el ejercicio de su trabajo la manifestación de sus convicciones profundas, aunque sin por ello forzar el lenguaje conciso y enunciativo que impone el reportaje; el analista de un fenómeno social moderno, reciente, que arrostra con paciencia y humildad el riesgo de la equivocación política al conjugar las enseñanzas que le depara la realidad con una opción específica —que por el momento solamente puede calificarse de *ideológica*—, en cuanto réplica implícita a una situación de arbitrariedad colectiva, y por último al narrador inconformista que en algunos pasajes de su obra se pliega a las tentaciones de la nostalgia con el fin de asentar sus raíces con unas circunstancias que contempla como un extraño, incluso cuando puede argumentarse que las asimila desde la solidaridad, un término extraño para su tiempo.

Sin embargo, en ningún momento vislumbramos a un personaje inclinado al ejercicio de la teorización sino al observador implacable con las medidas de los cuartuchos, los hábitos higiénicos y los ritmos laborales de una población que parece desterrada de los beneficios del mundo moderno. En su objetividad, Orwell atenúa la violencia que segregan los hechos, a diferencia de autores como Balzac o Zola, que la recreaban en sus novelas como un mensaje implícito y una garantía de realismo. Orwell demuestra en la práctica que la marginación no debe estimarse como un hecho